

que se valientes y os sacrificáis por la patria... Y en vez de  
 respeto á los que han sacudido en defensa de la libertad y la  
 independencia!  
 —Viva el liberalismo! Viva el progreso! y á su éxito respondo el  
 diablo clamoroso de la multitud.  
 —Honor á los que han estado en la vanguardia y en el frente de  
 la revolución y sus pupilas se veían en lágrimas, tributo digno  
 sobre el campo de batalla, á los mártires de la independencia.

CUARTA PARTE  
 El eclipse de un astro  
 POR DE LA TERCERA PARTE

CUARTA PARTE.

El eclipse de un astro.

CUARTA PARTE

El eclipse de un astro

CAPITULO I.

BANDERA CONTRA BANDERA.

I.

El ejército victorioso se dirigió valientemente á abordar la capital, creyendo en un triunfo seguro y decisivo.

Trujillo, el derrotado del Monte de las Cruces, se proporcionó un grupo de hombres y entró por las calles á tambor batiente, dándose los aires de *vencedor*.

El virey condecoró á los que se habian escapado á uña de caballo y mandó grabar medallas que llevasen al pecho los *héroes*, cuando apenas podian con la vergüenza que aparecia en sus frentes.

Venegas dijo á los miserables desertores al entregarles las medallas:

“En ese distintivo teneis grabados los blasones de vuestra fidelidad, de vuestra gloria y de vuestro *valor*. Tened siempre presente el gran precio de esta adquisicion: que “el Monte de Cruces” sea vuestro grito guerrero en el momento de vuestros

futuros combates, y la voz que os conduzca á la victoria: temed oscurecer por un porte ménos digno, la fama que conquistais á tanta costa.”

Puso despues sobre los hombros de Iturbide las divisas de capitán, dándole el mando de la fuerza de Villagran, que habia tomado el partido de los independientes.

La audacia de Venegas no pudo salvarlo del ridículo espantoso de aquella farsa.

## II.

La capital del reino, que habia dormido durante tres siglos al sopor calenturiento de la conquista, se sintió estremecer al ruido de las armas, y cubierta de pavor esperaba inquieta como en el siglo XVI la entrada de los conquistadores.

Dicen los testigos presenciales que todo era inquietud, temores, desasosiego: unos ocultaban su dinero y alhajas preciosas, otros los llevaban á los conventos, creyendo que aquellos serian mas respetados, y muchas señoras buscaban asilo con las religiosas, esperando todos de un instante á otro un próximo ataque.

La confusion y el susto eran mucho mayores, especialmente en las casas y familias de los europeos, para los cuales era el riesgo mas próximo. A cada momento se circulaban noticias funestas de la aproximacion de los insurgentes.

Los partidarios que estos tenian dentro de la ciudad, exajeraban el número y fuerzas, y el temor creció todavia mas viendo entrar el 31 de Octubre á Trujillo en completa derrota y sabiendo que el ejército de Hidalgo circunvalaba la capital vivaqueando en todos los pueblos de los alrededores.

Movióse la fuerza toda de los *realistas*, acampando en el *Paseo de Bucareli* y calzada de *la Piedad*, colocando la artillería en *Chapultepec*.

Un espectáculo grotesco tuvo lugar en el campamento de Venegas, que no nos dispensaremos de referirlo.

Una tropa de frailes se destacó de los innumerables conventos de la ciudad con Crucifijo en mano, y llenos de un santo ardor, esparciéronse como una parvada sobre el sembrado y comenzaron á exhortar á los soldados á la *penitencia*.

Introdújose un desórden horrible, aquellos hombres en quienes hacia estragos el pánico, se arrodillaban contritos y se confesaban casi en voz alta, en una desmoralizacion completa.

¡Qué cuadro tan ridículo!

Figuraos por un momento á los soldados de Hernán Cortés, cubiertos de broqueles y arrodillados delante de los frailes; seguramente no hubieran consumado el hecho mas sorprendente del siglo XIV!

Parecia un ejército de mujeres llorosas y arrepentidas.---- ¡qué entusiasmo podia haber en aquellos pechos amilanados en ese *juicio final*, por el que los hacia pasar el fanatismo?

No era la religion que llena de flores las puertas del sepulcro, haciendo aspirar el aroma del cielo y derramando un bálsamo en las abiertas heridas de la humanidad; era la voz atronadora y repugnante del fanatismo armado, que viene á prometer la salvacion á sus víctimas.---- Dejamos á la época ese padron de ignominia, condenado por el cristianismo y la civilizacion.

Hidalgo llevaba una imágen de la Vírgen en sus estandartes; hacerle fuego era un sacrilegio, era necesario algo que oponer á la santidad de aquella bandera.

Venegas recurrió al *plagio*, hizo traer la venerada Imágen de los *Remedios*, se arrodilló sumiso ante la Vírgen, puso el baston á sus plantas, y la declaró *Generala* del ejército realista.

Imágen por Imágen, bandera contra bandera!

La Vírgen de Guadalupe era mexicana y protegía á los insurgentes; la de los Remedios, española y amparaba á sus paisanos desde los dias remotos de la conquista.

Cuando la demencia humana lleva á los hombres á ese terreno, la venda de la fé cae hecha pedazos, y la duda, con su cáncer, comienza á apoderarse del corazón y de la conciencia.

Entre la multitud que habia presenciado la torpe ceremonia, se encontraba un corrillo de viejas, eternas discutidoras, y cronistas fieles de los sucesos.

—Yo, niña, decia una de ellas, creo que la Virgen de los Remedios es mas *valiente* que la de Guadalupe.

—Ya se vé que sí, la una no ha oido tirar un balazo, mientras que la otra conoció á Hernán Cortes.

—La idea del señor Venegas es admirable, veremos quien de las *dos generales* gana.

—No hay que hacerse ilusiones; la Guadalupeana verá como se las gobierna para matar *gachupines*.

—No, niña, la de los Remedios les echaba á los *indios* tierra en los ojos y Santiago le ayudaba; ya parece que lo veo en su caballo blanco matando gente; porque los indios se comian crudos á los otros indios con Huitzilopochtli; dígalo la *pedra de los sacrificios*, y si no, el *calendario azteca*, con tantos animales pintados. ¡Dios mío! cada animal representa á un demonio.

—Ave María!

—Yo se lo he oido á mi padre confesor, él me ha explicado todo eso; por cierto que su paternidad fingia dar de alaridos y tirar la flecha y todo, lo cual nos hacia mucha gracia pues lo decia en el púlpito

—Si tú lo hubieras oido cuando hablaba de que el hereje del cura Hidalgo se habia de condenar, entónces sí que se ponía atufado y echando fuego por los ojos y espuma por la boca.

—Al padrecito que se le habla de insurgentes se vuela.

—Yo soy lo mismo; mira, niña, si vienen esos diablos soy capaz de tirarles piedras por la azotea.

—Ya se ha pensado en eso, he visto subir muchas á las azoteas de los conventos para cuando llegue la hora.

—Ya todos los padrecitos están en los conventos con sus puñales y sus crucifijos aguardando á esos herejes.

—No importa, ya tenemos *generala*, y de santo á santo el mas apollado se rompe.

En aquel momento se dejó ver un coche por el camino de Tacubaya con los parlamentarios de Hidalgo.

Venegas no quiso recibirles, seguro como estaba de que sosteniéndose durante algunos dias, el ejército de Calleja llegaria en su auxilio.

Creyóse que los insurgentes atacarian en el acto la plaza, y se hizo mas sombrío el cuadro que presentaba la capital.

Con este temor se pasó la noche del dia 31.

El dia siguiente, 1.º de Noviembre, que era la festividad de Todos Santos, contribuyó á aumentar el desasosiego é inquietud pública: anuncióse varias veces que los insurgentes bajaban los montes: cualquiera polvo levantado casualmente, que se descubria á lo léjos, hacia creer á las imaginaciones exaltadas, que era el enemigo que se aproximaba: en aquella tarde especialmente, habiéndose acercado hasta la fábrica de pólvora de Santa Fé una partida de Hidalgo, hubo una grande alarma, se tocó *generala*, las gentes corrian á encerrarse en las casas, y no se oia otra cosa que el estrépito de las puertas que de golpe se cerraban y atrancaban, y los gritos por todas las calles de ¡los insurgentes! ¡los insurgentes!

### III.

Hidalgo citó una junta de guerra, á la que concurrieron todos los caudillos.

—Señores, les dijo, contra lo que habia calculado, la ciudad se defiende, el pueblo está bajo la presión de las armas y no puede hacer un movimiento que apoyariamos decididamente: deseo oír vuestra opinión.

—Señor general, repuso Allende, no desconfiemos de la fortuna que hasta ahora ha seguido nuestras banderas; estos son precisamente los momentos oportunos para el asalto, los realistas están aterrorizados, no vuelven aún de su asombro, la jornada del Monte de las Cruces los tiene espantados, caigamos sobre ellos, y la ciudad será nuestra.

Aldama contestó á la invitacion que el cura le hizo con la mirada, diciendo:

—La opinion del general Allende es tanto mas oportuna, cuanto que á estas horas ya las fuerzas de Calleja avanzan á marchas dobles sobre la ciudad, segun aparece de los pliegos interceptados.

—Esa es otra razon mas, dijo Hidalgo, para que la situacion de nuestro ejército sea mas comprometida.

—El modo de salvarla es tomar la capital y organizar la defensa, si no queremos ser atacados por las fuerzas que salgan de la plaza y las que vienen del interior; ese movimiento no podríamos contrariarlo, porque nuestra gente es bisoña.

—Ese es, dijo Hidalgo, el punto principal, y sobre el que deseo ser muy explícito; porque la suerte de la revolucion está pendiente de lo que determinemos en estos momentos.

—Sírvasse el señor general manifestar su opinion.

—Lo haré con entera franqueza, señores: una derrota en las circunstancias actuales seria la muerte de la revolucion, seria perder todo el terreno que hemos conquistado: nosotros debemos adelantar, pero no dando el espectáculo repugnante del desorden inaudito que apenas hemos podido contener. ¿Cuál seria la suerte de la capital, y sobre todo, de la revolucion, si una vez vencedores la ciudad se entregase á saco? ---- Ya es tiempo de moralizar porque nuestro prestigio se pierde, y los pueblos nos estimarán como una plaga, cuando nuestro pensamiento es el de la independencia ---- la multitud no obedecerá nuestra voz en el tumulto desencadenado del pillage, y esta-

mos derrotados de antemano, y esto, señores, contando con la primer victoria.

—Me siento contrariado con esa opinion, señor cura Hidalgo, dijo Allende; yo creo que retroceder es perder.

—Caballeros, dijo Hidalgo, ahogando la voz como si temiese ser escuchado: la fuerza realista nos va á librar una batalla y nuestro *parque* se ha quemado todo en el Monte de las Cruces: no podríamos resistir ni el primer choque. Pretender que las masas vuelvan á arrojarse sobre la artillería á pecho descubierto seria una locura; ya saben el estrago, y hay hechos que no vuelven nunca á repetirse.

Allende guardaba silencio.

—El ímpetu acalorado, decia Hidalgo, creedme, es un mal consejero; afiancemos nuestras conquistas, apoyemos la revolucion que surge en el centro de la América, hagámonos de elementos superiores para combatir, y me vereis siempre á vuestro lado como el primero de vuestros soldados.

—Yo, señor cura, tengo vergüenza de retroceder.

—Jóven, esta retirada despues de una victoria no puede tener otro significado que el de una combinacion; si quereis aceptar la responsabilidad de la empresa, mandad, yo seré el primero en lanzarme á la cabeza del ejército; hablad, y todos os obedeceremos; en estos momentos no tengo miedo á nuestros enemigos ---- tiemblo ante la historia!

—Guardaron silencio los jefes todos del consejo, hasta que el licenciado Aldama tomó la palabra.

—Señores, el pensamiento del señor Hidalgo es el mas conforme con el espíritu de la estrategia y de la revolucion, es necesario retirarnos, creo que mi conducta en los encuentros con el enemigo, me evita el dar una explicacion sobre lo que algunos atribuirian á temor.

—Yo, señores, replicó Hidalgo, viendo que no existe ya discordancia alguna en la aceptacion de mis propuestas, y tocándome como generalísimo del ejército organizar el movimiento,

encomiendo al señor Allende el mando en jefe de las tropas independientes, mientras yo marchó á Valladolid con mi estado mayor.

—Pero señor, exclamó Allende, decidmos-----

—Continuareis vuestra marcha hasta Guanajuato, donde organizareis el ejército de la manera que os parezca mas conveniente, miéntras que yo sigo para Guadalajara á dar forma á la revolucion, cuyos partidarios aun no están de acuerdo; aumentaremos las fundiciones y maestranzas; con la actividad que ha caracterizado nuestra empresa, procuraremos disciplinar é instruir á los batallones; porque ocupando una grande extension de territorio, tenemos tiempo para todo; publicaré un manifiesto á la nacion y nos prepararemos para la lucha encarnizada que ha comenzado desde el asalto de Granaditas.

—Yo salvo mi responsabilidad, insistió Allende, y obedezco. Me hago cargo del movimiento de retirada.

—Sea, pues, respondió Hidalgo, queda á vuestras órdenes el ejército, y como habeis dicho, bajo la responsabilidad de todos vosotros, procurareis el mayor orden, y estad dispuestos á librar una batalla, por si Venegas se alienta y sale de la ciudad.

Allende saludó al cura y salió seguido de los cabos del ejército, á dictar sus órdenes para la marcha.

#### IV.

El 2 de Noviembre al amanecer, aquel ejército que llevaba en sus armas los laureles del Monte de las Cruces, levantaba su campo y regresaba por el camino que habia atravesado la víspera, creyendo que la capital de la colonia caería al esfuerzo poderoso de sus armas.

Los caudillos se volvieron desde lo alto de la montaña y contemplaron por la última vez á la ciudad, dormida sobre el lecho

de flores de su encantado valle y salpicada por los grumos argentados de sus lagunas.

Entre aquellos hombres y la ciudad, se atravesaban diez años de sufrimientos y de sangre; veian desde léjos como Moises la tierra prometida----- el destino los alejaba para siempre de aquellos lugares y los conducía á lejanas regiones, donde la fatalidad cavaria mas tarde una tumba gloriosa, que la humanidad buscaría con avidez para rendir un homenaje á la heroicidad y al sacrificio.